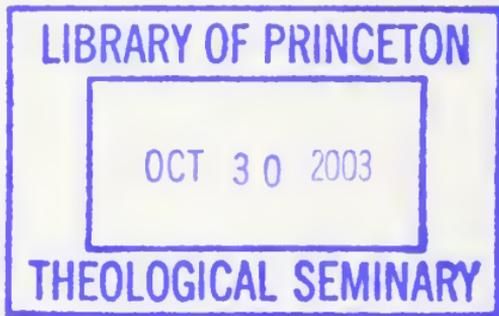


LA CRUZ ~~Vol. 31~~ (1951)

PERIODICALS

PER
BR
7
.C78
1951



PER BR7 .C78

Cruz.



Digitized by the Internet Archive
in 2016

LAP

JUNIO DE 1951

AÑO XXXI

NUM. 366

L
A
C
R
U
Z



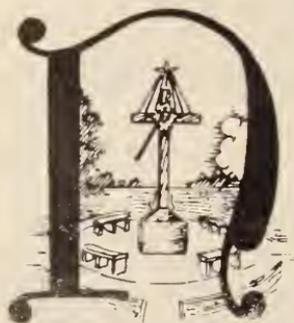
PIO X,

BEATIFICADO EL 3 DE JUNIO DE 1951



La Vida Eucarística

“Silentium loquetur... Su silencio habla...”



ADA tan impresionante como el silencio que envuelve el Sagrario...

Al atardecer, cuando la iglesia está casi desierta y las sombras de la noche empiezan a invadirla, descendiendo de las bóvedas y velando los vitrales: o en las vigiliass de adoración, cuando en torno nuestro todo duerme y todo calla; ¡cómo impresiona el silencio veinte veces

secular que envuelve la Eucaristía!

Durante su vida mortal, los labios divinos del Cristo se abrieron para derramar a torrentes la luz que iluminó al mundo, la esperanza que abrió a las almas horizontes infinitos, el consuelo que alivió tantos dolores y la paz que aquietó las tormentas del corazón humano, más terribles que las del lago de Genezareth.

Pero en la Eucaristía se ha sumergido en un silencio que nada ha logrado romper, ni las quejas e instan-

cias de las almas santas, ni las injurias y ultrajes de sus enemigos.

Por eso es muy natural que experimentemos una santa curiosidad y nos preguntemos: ¿qué es lo que hace Jesús en el silencio de sus sagrarios? ¿cuál es la actividad que desarrolla mientras sus labios permanecen sellados en la Hostia santa?

Tratemos de responder a esta pregunta y de darnos cuenta de la vida íntima de Jesús en la Eucaristía.

* * *

La vida eucarística de Jesús consiste en sus relaciones con las almas; pero ante todo, en sus relaciones con su divino Padre.

En la Hostia santa, el Verbo Encarnado, como Dios, sigue siendo el Pensamiento eterno del Padre, su glorificación sustancial, su fiesta infinita, el esplendor de su gloria, la hermosura de su sustancia, la Palabra silenciosa—**Verbum silens**—que sin embargo declara de una manera perfecta todo lo que es Dios, todo lo que puede, todo lo que ha creado y todo lo que puede crear.

En la Hostia santa, el Padre y el Verbo se siguen amando, estrechándose con un abrazo fortísimo, uniéndose en el ósculo santo del Espíritu Divino, el Amor sustancial que sella la unidad y consuma la vida íntima de Dios.

Peró la vida divina que palpita en las más pequeña Hostia consagrada es un misterio que nos abruma con su profundidad arcana y con su sublimidad inaccesible. Por eso, adoremos en silencio ese misterio y tratemos más bien de darnos cuenta de lo que Jesús, como hombre, hace en la Hostia santa. Si es hombre como nosotros, con los mismos sentimientos —aunque sublimados—, no es tan difícil que nos formemos alguna idea de su vida eucarística.

* * *

Cuando no sólo con la luz de la razón, sino sobre todo con la luz de la fe, consideremos lo que es Dios, nos sentimos abrumados con su majestad infinita.

El es el Eterno y su vida no conoce principio, ni sufre mutación, ni tendrá fin; nosotros somos criaturas

efímeras y mortales, y nuestra vida se parece a un poco de humo que pronto se disipa, "**vapor est ad modicum parens... deinceps exterminabitur**".

El es el Infinito cuya perfección no conoce límites porque es un océano que ni fondo ni riberas tiene; nosotros somos seres limitados en todos sentidos.

El es el Inmenso que ni los espacios sin fin ni el ámbito del cielo lo puede limitar; nosotros estamos circunscritos a un pequeño lugar y perdidos en un punto del espacio.

El es el Omnipotente; todo el universo, desde los ángeles hasta el más pequeño grano de arena, lo ha sacado de la nada, y puede crear un número indefinido de mundos más hermosos que el que contemplamos; nosotros somos la impotencia misma: ¿qué podemos? ¿qué sabemos? ¿de qué somos capaces?

Sobre todo, Dios es la Santidad por esencia, que encuentra manchas en los ángeles mismos; nosotros somos como un borrón, como una mancha, de tal manera estamos amasados en la maldad, que pudiera decirse que somos como la personificación misma del pecado.

Con razón Nuestro Señor dijo a Santa Catalina: "**¿Quieres saber lo que Yo soy y lo que tú eres? Yo soy el que es; tú eres lo que no es...**"

¡El todo de Dios! ¡la nada de la criatura!

Por eso, el sentimiento que se impone ante la presencia de Dios es anonadarnos: "**Substantia mea tanquam nihilum ante te, ¡todo mi ser es como nada en tu presencia!**" Y sumergiéndonos en el abismo de nuestra nada, por el mismo hecho reconocemos la supremacía y la trascendencia absoluta de Dios.

Entonces, desde el abismo de nuestra nada se levanta hasta Dios el himno de nuestra alabanza que lo ensalza y lo glorifica: **Abyssus dedit vocem suam!**

Toda la creación visible debe glorificar a Dios: no fué creada con otro fin. Pero como está formada de seres desprovistos de razón y de libertad, Dios creó al hombre para que fuera el pontífice del universo, para que en él tuvieran una voz inteligente, una expresión libre todas las alabanzas de las criaturas irracionales.

No correspondió el hombre a los designios de Dios, y el pecado fué la nota discordante, y el sonido estridente que rompió la armonía del plan divino y ahogó en un

diluvio de abominación la gloria que Dios esperaba del universo.

Pero vino Jesús al mundo, a salvar al hombre sin duda, pero ante todo a reparar la gloria de su Padre. Por eso llenó su vida de adoración, aniquilándose como hombre ante su Padre para glorificarlo.

De adoración llenó los años silenciosos de Nazareth; de adoración llenó aquellas noches en que para orar se alejaba de todos y subía a lo alto de las montañas —como para estar más cerca del cielo—. Y adoración fué aquella agonía de Gethsemaní: ¡qué mayor humillación que debatirse en la tristeza, en el miedo, en el hastío, en angustias de muerte, hasta coserse con la tierra, como un gusano, no como un hombre, y bañarse en su propia sangre?

Y esa Sangre divina, derramada desde Gethsemaní hasta el Calvario, con su voz irresistible, como su clamor ingente, fué la suprema adoración, el gran himno a la gloria divina, que se elevó hasta el trono de Dios y en la cual encontró una complacencia infinita.

Pero esa adoración no debía extinguirse sobre la tierra. Y Jesús tomó por decirlo así todas las adoraciones de su vida mortal y las cristalizó y las perpetuó en la Eucaristía.

En ella Jesús adora a su divino Padre como lo adoró en Belén, porque en la Eucaristía se empequeñece tanto y más que en aquel pesebre; aquí lo adora como lo adoró en Nazareth, porque hay en el sagrario un silencio más profundo; aquí lo adora como lo adoró en sus vigiliias en las montañas de Galilea, porque es noche más cerrada en torno de sus sagrarios; aquí lo adora como lo adoró en su Pasión bendita, porque la Eucaristía la renueva y por ella está aún fresca la Sangre del Calvario.

Si preguntamos qué hace Jesús en la Eucaristía, hay que contestar: Jesús adora a su divino Padre, lo adora en nombre de toda la creación, en nombre de toda la humanidad; y de esta manera glorifica a su Padre como merece ser glorificado.

* * *

Pero Jesús en la Eucaristía tiene también relaciones con nosotros: ¿no se quedó en la tierra para ser nuestro compañero inseparable, nuestro amigo fidelísimo?

¿Y cuáles son esas relaciones?

Sin duda que allí está para ser nuestro abogado ante el Padre, “*advocatum habemus apud Patrem*”; y de su vida eucarística se puede decir lo que San Pedro afirma de su vida gloriosa, que siempre vive para interceder por nosotros, “*semper vivens ad interpellandum pro nobis*”, para alcanzarnos todas las gracias que necesitamos.

Sin duda que también está allí para continuar expiando nuestros pecados: ¿qué sería del mundo si la Sangre de Cristo no bañara diariamente nuestros altares? Por ella Dios derrama sobre el mundo, no un diluvio de agua ni de fuego, sino de misericordia y de perdón.

Allí está también para recibir la confianza de nuestras penas, para que tengamos un corazón donde derramar las aguas amargas de nuestras tristezas y tener la dicha de saber cómo sabe consolar un Dios...

Sí, para todo eso está Jesús en la Eucaristía. Y sin embargo, me parece que hay algo que lo compendia todo, como la causa contiene sus efectos, como la semilla encierra la mies opulenta.

Jesús en la Eucaristía, haciendo tantas cosas, no hace sino una sola: ¡NOS AMA!

Cuando empezamos a amar, manifestamos nuestro amor de mil maneras y gastamos para expresarlo una múltiple palabrería.

No es así un amor profundo. Los grandes amores son silenciosos...

Es que el lenguaje, por elocuente que fuera, sería impotente para expresarlos. A las veces basta una mirada: ¿no es el éxtasis —lo supremo del amor sobre la tierra— como una mirada del alma donde concentra todas sus energías?

A las veces, aun la mirada estorba y las almas se unen en un silencio en que la intuición del amor lo adivina todo sin decir palabra...

Así nos ama Jesús en la Eucaristía, con un silencio que sin palabras nos dice todo, *silentium loquetur*...

¡Ah! teniendo un Sagrario, teniendo una Hostia para guardarla cada mañana en el sagrario de nuestro corazón, ¿cómo podemos dudar del amor de Jesús?

Y ese amor tiene todos los matices, todas las delicadezas del amor humano.

Es **compasión**. Con mayor razón que San Pablo, puede Jesús afirmar: “Quién de vosotros sufre sin que yo

sufra, **quis infirmatur et ego non infirmor?**” Es imposible que nos vea padecer sin que su Corazón se llene de inmensa compasión. En los días de su vida mortal, al ver la multitud que padecía hambre, exclamó: “**Misereor super turbam!**”, ¡tengo compasión de esa multitud que no tiene qué comer! Y no pudo soportar el dolor de una madre que llevaba a enterrar a su hijo único, y sin que nadie se lo pidiera —¡se lo pedían demasiado las lágrimas maternas!— hace un milagro y resucita al que había muerto para poderle decir a la madre: “**¡No llores más, noli flere!**”

El Corazón de Cristo no ha cambiado: en el silencio del Sagrario sigue compadeciendo nuestras penas. Y cuando nos acercamos a Él y venimos a regarlo con nuestras lágrimas, no con ruido de palabras, sino con la unción secreta y suavísima de su amor, murmura al oído del alma: “**Noli flere, ¡ya no llores, hijo mío!**”

Es **misericordia**. Porque no debemos perder de vista que hemos sido, somos y seremos siempre miserables. Y hasta qué grado, ¡sólo Dios lo sabe! Cuántas veces, bajo una apariencia de virtud, se esconden miserias y flaquezas que, si nos salieran al rostro, nos cubrirían de vergüenza: vanidades ridículas, envidias rastreras, susceptibilidades tontas...

¡Por eso tenemos tanta necesidad de indulgencia, de misericordia!

Los hombres son inexorables: condenan sin apelación. Sólo Dios —Bondad infinita —es la única fuente de misericordia.

Pero para que esa misericordia se adaptara más a nuestra debilidad, es encerró en un corazón humano. ¡La misericordia divina humanizada se llama JESUS!

¡Y allí está en el Sagrario cubriendo la multitud de nuestros pecados!

Es **ternura**. La ternura es una de las formas más hermosas del amor humano. El amor se enternece ante la debilidad de ser amado, como una madre ante su hijo pequeñito.

El amor se enternece al darse cuenta de los sacrificios que hace el que ama para demostrar su amor.

Y Nuestro Señor, cuando nos ve tan pequeños, tan débiles, tan miserables y que, a pesar de todo, nos sacrificamos para demostrarle nuestro amor, ¿cómo no se ha de enternecer?

* * *

He aquí brevemente expuesto lo que hace Jesús en el silencio del Sagrario: adora a su divino Padre; lo adora anonadándose ante su Majestad infinita; y esa adoración lo glorifica tanto cuando puede ser glorificado sobre la tierra, con una gloria que cubre la multitud de nuestros pecados.

En el silencio de la Eucaristía, Jesús ama a los hombres; los ama con un amor que es compasión para todas nuestras penas, misericordia para todos nuestros pecados, ternura para todas nuestras pobres manifestaciones de amor.

A imitación suya, cuando vengamos al pie del Sagrario, unámonos a sus adoraciones para adorar "en espíritu y en verdad" al divino Padre y busquemos aquí el consuelo de nuestras penas, el perdón de nuestras culpas y esa ternura del Corazón de Cristo que saciará la sed infinita de amor que atormenta al pobre corazón humano...

J. G. TREVIÑO, M.Sp.S.



LA CRUZ

REVISTA MENSUAL DE ASCETICA Y MISTICA
dirigida por los Misioneros del Espíritu Santo.

Tomo XXXI 1º de Junio de 1951 Núm. 366

Director: J. G. TREVIÑO

Apartado postal 1580. Oficinas: Madero 42-31.

Teléfono 35-00-99

México 1, D. F.

SUSCRIPCIONES:

Por un año \$ 5.00. — Número suelto, \$ 0.45

En el Extranjero, un dollar U. S. A.

— A los agentes, descuentos especiales.—La persona que coloque 10 suscripciones, pago adelantado, recibirá una gratis por un año.

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA Y
PERMISO DE LOS SUPERIORES

Registrado como Art. de 2º clase en la Oficina de Correos de Tlalpan,
el 1º de febrero de 1921 y en la Oficina de Correos de México,
el 20 de enero de 1927.

El Camino regio del Amor

— XIV —

AMOR Y ORACION



EN la primera parte de la preciosa fórmula de Nuestro Señor que expresa lo que es la perfección, para explicar esta palabra: “**Ven**”, comencé a hablar de la vida interior y de la oración, que es su práctica esencial y fundamental.

Dije cómo la oración es el trato con Dios y cómo este trato lo podemos realizar por medio de las tres virtudes teológicas,

que son las únicas que tocan a Dios, que tienen por objeto a Dios.

En ese trato se encuentran dos elementos esenciales: el conocimiento y el amor.

Un trato espiritual, ¿en qué ha de basarse, o en qué ha de consistir, sino en conocimiento y en amor?

El influjo que ese trato tiene en nuestra vida práctica, no es sino un elemento secundario. Es natural que cuanto más conocemos a Dios y cuanto más lo amamos, con más empeño trabajemos en la obra de nuestra santificación. Y en la oración misma, muchas veces vemos claramente que tenemos que hacer tal cosa, que tenemos que evitar tal otra; Nuestro Señor nos pide algo, y entonces la oración tiene también un influjo especial en la vida práctica.

Pero los elementos esenciales de este trato son el conocimiento y el amor. Estos dos elementos se entrelazan, por decirlo así, uno con otro: a las veces el conocimiento nos lleva al amor, que es lo ordinario; pero tam-

bién, el amor nos lleva al conocimiento; conociendo a Dios lo amamos, pero amándolo lo conocemos.

Alguien dijo que el corazón tiene razones que la inteligencia no comprende. Y es cierto. Las intuiciones del corazón a las veces son más luminosas que todos los argumentos de la razón. Cuando se ama, se tiene un conocimiento íntimo de la persona amada; hasta se llega a adivinar lo que lleva en su interior.

Lo vemos en una madre: las madres adivinan muchas cosas de sus hijos pequeñitos. Una persona extraña ve a un niño, oye que emite sonidos inarticulados, lo ve hacer ciertos movimientos, y no sabe de qué se trata, ni lo que el niño quiere, ni lo que necesita. Una Madre sí: su intuición maternal descubre muchas cosas que están ocultas a los profanos.

Así acontece siempre y de una manera especial en el amor de Nuestro Señor: el conocimiento nos lleva al amor; el amor también, y sobre todo, nos descubre un nuevo conocimiento del amado.

Pero este conocimiento y este amor que constituyen los elementos de nuestro trato con Dios, deben tener, por decirlo así, ciertas condiciones.

* * *

Me parece que esas condiciones las describe muy bien San Francisco de Sales en un párrafo delicioso que tiene sobre la oración: "Orar, dice, es acercarnos a Dios con profundo respeto, ciertamente, pero con la confianza con que un hijo se acerca a la mejor de las madres, y hablarle de todo: de las cosas del cielo y de las cosas de la tierra; decirle todo lo que llevamos dentro de nuestro corazón, sin dejar nada ahí, y derramar nuestro corazón en su Corazón divino, como se derrama el corazón en el corazón de un amigo".

¡Con qué sencillez, con qué suavidad, con qué encanto describe San Francisco de Sales lo que es la oración! No hay en ese concepto nada artificial, nada acartonado, todo es fácil. Pero ahí se notan dos caracteres que debe tener el trato con Dios: la sinceridad y la confianza. La **sinceridad** para descubrir todo lo que llevamos en el corazón; la **confianza** para derramar nuestro corazón en el Corazón de Nuestro Señor.

Se dirá que con Nuestro Señor deberíamos ser siempre sinceros; porque, en último término, ¿qué nos ganamos con no ser sinceros, si Él con sus ojos profundos penetra hasta lo más hondo de nuestro ser? Y sin embargo, la experiencia nos enseña que ni con Dios somos sinceros, sino que muchas veces, como estamos acostumbrados a cuidarnos de los demás y a no presentarles de nosotros mismos sino lo que nos conviene, eso mismo queremos hacerlo con Dios.

Un tipo de falta de sinceridad, —y Nuestro Señor nos lo puso como tipo de mala oración—, fué el fariseo del Evangelio, que decía: “Señor, yo te doy gracias porque no soy como los demás hombres, como este publicano: ayuno dos veces por semana, pago los diezmos...” Seguramente ha de haber sido cierto todo eso; pero el fariseo no le decía a Nuestro Señor otras cosas reprobables que también había hecho; le presentaba nada más el lado bueno.

El publicano, ése sí hablaba con sinceridad a Nuestro Señor: “¡Sé propicio a este pobre pecador!” Le descubría tal como era su corazón, derramaba su corazón en el corazón de Dios.

Es muy importante esta sinceridad y manifestarnos a Nuestro Señor como somos y decirlo todo.

Quizá llame la atención lo que dice San Francisco de Sales: “hablarle de cosas del cielo y de cosas de la tierra”. A las veces podía parecer que en la oración sólo se puede hablar de cosas espirituales y muy altas. No, también podemos hablar de las cosas de la tierra: de esos pequeños problemas prácticos que tenemos, de esos deseos humanos que hay en nuestro corazón, de esos gustos quizá puramente naturales.

* * *

Y el otro carácter que debe tener nuestra oración, y en el cual hace hincapié el Santo Doctor, es la confianza.

¡La confianza! Tenemos que acercarnos a Dios, sí, con profundo respeto, —¿cómo no, si es la majestad infinita—, pero con inmensa confianza, con la confianza con que un hijo acude a la mejor de las madres, ni siquiera como a cualquiera madre, sino como a la mejor de todas.

Así tenemos que ir a la oración, con inmensa confianza, sin que sea parte para que no tengamos esta confianza, ni nuestras deficiencias, ni nuestras ingratitudes, ni nuestras faltas. Porque ya lo he dicho: la confianza no se funda en nosotros, sino se funda en Él; confiamos en Dios no porque somos buenos, sino porque Él es bueno, porque Él es misericordioso, porque su misericordia no tiene límites...

Si nos acercamos a Dios con sinceridad y confianza, y derramamos nuestro corazón en su Corazón, y recibimos las efusiones de su Corazón Divino y, en la forma que podemos, lo conocemos y lo amamos, habremos hecho una oración tal como Dios lo quiere.

* * *

El fondo de ese trato con Dios, o mejor dicho, los principios activos de este trato son las tres virtudes teologales, como ya vimos. En torno de ellas pueden agruparse otras virtudes, que pueden ser útiles a la oración; por ejemplo, la humildad. Pero las virtudes específicas de la oración y de la vida interior son las tres virtudes teologales.

Por la fe conocemos a Dios; es la manera de conocerlo en la tierra.

Por la esperanza tenemos dos seguridades: la de que podemos amar a Dios y unirnos con Él, y la de que nos dará todo lo necesario para lograrlo.

Cuando una cosa parece imposible o sumamente difícil, ni se piensa en ella. Supongamos que a una persona se le ocurre: "Ha de ser muy hermoso ser artista, poder ejecutar en el piano composiciones maravillosas"; pero si sabe esta persona que no tiene oído ni disposiciones agregará: "¡pero ni pensar en eso!" Para que pueda desear una cosa y trabajar por alcanzarla, necesita saber que es posible, saber que la puedo lograr.

Y la esperanza me dice que el amor de Dios no es un amor imposible, sino es un amor que Él mismo me lo brinda, que me creó para ese amor y que me ha dado todo lo que necesito para alcanzarlo.

La fe sin la esperanza sería intolerable, porque pensar: Dios es mi felicidad, ¡y no poderlo alcanzar! Es

como si supiera qué en Júpiter o en Saturno se vive una vida hermosísima... ¿De qué me serviría si no hay ninguna facilidad de ir allá?

Pero la esperanza nos da la seguridad de que podemos amar a Nuestro Señor y unirnos con Él, y de que nos dará todo lo necesario para conseguirlo. Entonces la perfección y el amor y la unión con Dios, nos parecen cosas no fáciles, pero sí hacederas, posibles. Tenemos la promesa divina de esas realidades celestiales. Y entonces somos capaces de todo y sentimos el anhelo de trabajar y de sacrificarnos por ese ideal.

La caridad es el amor, un amor nobilísimo, divino, una imagen del Espíritu Santo que Él mismo ha derramado en nuestro corazón y por el cual podemos amar a Dios y unirnos con Él.

A grandes rasgos, esa es la oración.

* * *

Y en todas las etapas de la vida espiritual, las tres virtudes teologales son siempre las virtudes de la oración, desde los principios de la vía purgativa, hasta las cumbres de la vía unitiva.

Si reflexionamos, iremos comprendiendo para qué sirven todas esas realidades sobrenaturales que Nuestro Señor pone en el alma.

Porque muchas veces sucede que oímos decir que en el alma está la gracia, que hay las tres virtudes teologales, y las virtudes morales infusas, y los dones del Espíritu Santo... Y no sabemos para qué servirá todo eso.

Es como cuando se entra a una farmacia y se ven muchos frascos y muchas sustancias. Han de ser muy útiles, pero ¿para qué servirá cada una? ¡Sólo el farmacéutico! Así sabemos que hay muchos dones preciosos que Nuestro Señor ha puesto en nuestra alma; pero muchas veces no sabemos para qué es todo esto.

Ahora vamos a verlo.

Las virtudes morales infusas sirven para realizar esa obra de purificación de que hablé antes.

Cada virtud purifica una parte, una porción —por decirlo así— de nuestra alma. Hablé de las principales; pero hay una multitud de virtudes que van purificando

todo, que van ordenando todo; como en una gran fábrica, hay encargados para poner orden en cada uno de sus departamentos. En este mundo maravilloso que llevamos dentro, cada virtud tiene su función propia, tiene un campo especial que purificar y que ordenar.

Las virtudes morales sirven para nuestro trato con nosotros mismos y con los demás. Las virtudes teológicas sirven para nuestro trato con Dios, son las virtudes de la oración. Naturalmente, tienen influjo preponderante aun en la vida práctica. Todas las virtudes se ayudan mutuamente.

Respecto de los Dones del Espíritu Santo, ya vendrá la oportunidad de explicarlos y de exponer la función que desempeñan en nuestra vida espiritual.

Pero no olvidemos que en todas las etapas de nuestra vida, tenemos que hacer dos cosas: una obra de transformación de nosotros mismos y una obra de trato íntimo con Dios: la vida activa y la vida contemplativa, la vida exterior y la vida interior.

Pero si la oración es de todas las etapas de la vida espiritual, la forma de la oración va variando en esas distintas etapas.

No todas las almas han de hacer una misma oración ni pueden meterse en ella como en un molde uniforme.

Las palabras de San Juan de la Cruz: "Apenas hay un alma que en la mitad de su camino se parezca a otra", pudieran también aplicarse, en cierto sentido, a la oración, de manera que apenas hay un alma que se parezca a otra en la oración.

Y en esta variedad intervienen principalmente las causas sobrenaturales, pero a las veces también hasta ciertas causas naturales.

Porque, ¿sería posible que todas las personas conversaran de la misma manera? Cada quien tiene su manera de conversar y hasta sería demasiado monótono y desagradable el trato con los demás, si todos fueran de la misma manera: hay personas muy vehementes, otras más ponderadas; unas locuaces, otras taciturnas.

Lo mismo pasa en el orden espiritual: hay almas que difícilmente discurren; hay otras para las cuales el discurso es lo principal. Hay unas que viven de afectos; otras que son un poco reacias para ellos. En fin, hay una

grande variedad, aun humanamente consideradas las cosas.

Pero lo interesante es dejar establecido que en las distintas etapas de la vida espiritual varía la oración; al grado de que un director experto podría conocer la etapa de un alma por su manera de hacer oración.

Se puede decir parodiando un adagio: "Dime como oras y te diré quién eres".

Es un termómetro perfecto la oración, nada más que es un poco difícil darse una exacta cuenta de cómo ora un alma, porque ella misma muchas veces no se da cuenta exacta de cómo es su oración.

Pero especulativamente y en principio, la forma de oración marca la etapa.

LUIS M. MARTINEZ,

Arzobispo de México.

(Concluirá).

Para la Fiesta de la Asunción de María

La Santa Sede ha prescrito una nueva Misa para la Asunción de María, el 15 de agosto de cada año.

En tamaño de 28 x 19½ cms., impresa a dos tintas, \$ 0.25 el ejemplar; de 10 ejemplares en adelante, los descuentos acostumbrados.

También se pueden adquirir en esta Administración la Misa y el Oficio de Nuestra Señora de la Paz, concedida últimamente a México por la Santa Sede, para el 24 de enero de cada año.

"HACIA EL DIVINO PADRE"

Por el R.P. J. PADILLA, M. Sp. S.

Ensayo sobre la Espiritualidad del R.P. FELIX DE JESUS ROUGIER, Fundador de los Misioneros del Espíritu Santo.

Consta de 5 partes y 25 capítulos.

Un volumen de 21 x 14 cms. y 200 páginas, \$ 7.50 rústica.

Administración de "LA CRUZ"

Apartado postal 1580

—

México 1, D. F.



"Si no os hiciereis como niños..."

— IV —



PARA el hombre medianamente instruído, es obvia la frase de Joffroy: "Delante de Dios no hay que ser artistas ni filósofos, a lo más hay que ser niños".

El que sabe quién es Dios y tiene alguna idea de las perfecciones divinas, comprende fácilmente que el ser como niños delante de Él está al alcance de toda criatura dotada de sentido común.

En otros términos: de las verdades que el sentido común posee, se desprende que el ser como niños es actitud natural de acuerdo con la razón.

Porque, ¿quién que se dé cuenta de la soberanía universal, de la excelencia incomparable, de la trascendencia absoluta de Dios no se siente pequeño en su presencia?

¡Cuán hacedero sería para el hombre, si se dejara guiar por el sentido común, adoptar una actitud infantil ante Dios!

Si tan obvio parece que del sentido común se desprenda el ser como niños, parece cosa muy extraña que no sea tal la actitud y el sentimiento de la mayor parte de los hombres y que la humildad no sea un corolario de la mente recta y del juicio sosegado.

Pero el sentido común, que sabe tantas cosas y toma en la mano los axiomas y de ellos desmenuza el contenido y enriquece su caudal, no basta para que el hombre viva

como niño al estilo de Cristo. Se estremece el espíritu al saberse desprovisto de ese poder de ser niño ante Dios y se acongoja porque no es capaz de saber su verdadero tamaño y de sentirlo.

Queda flotando en la atmósfera una enorme oscuridad...

Hay un desconsuelo tremendo en saber que una cosa tan manifiestamente sacada de la razón y tan esencial para ordenar la vida humana esté fuera de la actividad de la inteligencia y desborde sus límites naturales.

Sigue la humanidad sin hallar el verdadero y exacto sentido de su postura humana. Así está siempre que se contenta con su razón, cuando no quiere salirse de su medida, cuando quiere —según la frase de Protágoras— **“Hacer del hombre la medida de todas las cosas”**.

El sentido común —lo observamos en todas partes— no basta de hecho para que el hombre viva del sentimiento razonable de ser como niño; a lo más, puede ser un adulto ridículo que padece mimetismo infantil.

Palabras, gestos, ademanes, expresión de los ojos y movimientos del cuerpo a la manera del niño, desdican de la mente que no piensa como niño.

Lo único que consigue el que toma actitud infantil sin tener la mente hecha infantil en lo espiritual, es meterse a cómico de los que estragan el gusto y destruyen lo agradable de la comedia. Podrá hacer reír a tres o cuatro ignorantes; pero da en rostro a los que tienen un poco de sentido estético y de criterio moral.

El ser como niños no está, pues, en la conclusión de mente fría y de corazón sin entusiasmo; no está en el sentimiento color de rosa ni en la pulcritud de gente muy medida, con elegantes maneras de decir y de hablar.

Fuerza es confesar que, si el Cristianismo es la religión que bajó a Dios hasta ponerlo en las pupilas del sentido común, también hay que añadir que tomó la inteligencia humana y el corazón y toda el alma, y los enriqueció con lentes para escudriñar la lejanía de los astros y la cercanía del hormigueo de pequeños infinitos en la brizna parda de arena y en la gota transparente del agua que brilla sobre la roca...

TARSICIO ROMO, M. Sp. S.



La vida de unión con Jesús

SEGUN LA DOCTRINA DE MONS. GAY

EL TRABAJO



SEAMOS Jesús en la acción”.

“El trabajo es una ley. “El hombre nació para trabajar, dice Job, como el ave para volar (1)”. Y esta ley, en el estado presente, descansa sobre dos principios. Uno es nuestra naturaleza activa, inteligente, libre; como también nuestra condición, que nos coloca en el tiempo para que progreseemos y obtengamos, mediante ese progreso, nuestra perfección última. El otro es la necesidad a que nos ha reducido la caída de Adán, de no podernos levantar, sino expiando; y de no poder expiar, sino sufriendo”.

“En cuanto que es el desarrollo y ejercicio de nuestras facultades, el trabajo nos obliga a título de seres morales; en cuanto que es difícil y penoso, se nos impone a título de pecadores. Trabajando como criaturas, imitamos a nuestro gran Dios en la obra de la creación y del gobierno de todas las cosas; trabajando como pecadores, imitamos al Hombre-Dios en la obra de la redención y de la salvación del mundo (2)”.

Jesús, en efecto, trabajó; fué su vida de trabajo. Mons. Gay nos muestra al Salvador dando a los fieles de todos los siglos el ejemplo de un trabajo incesante. “Es una vasta carrera y como todo un mundo el santo trabajo de Jesús. No vino y no vivió en la tierra sino para trabajar. Desde su nacimiento hasta su muerte “**anduvo en trabajos** (3)”. Se entregó a él totalmente y sin interrupción; ¡y qué obra tenía que hacer! ¡y qué obra hizo!”

“Ante todo se mantenía libre para este trabajo. Eran esos “negocios de su Padre” en los cuales era necesario que estuviera ocupado y ante los cuales todo cedía. Cuando llegó la hora de sus negocios divinos, nada lo retuvo, nada lo retardó: ni los intereses, ni las alegrías, ni los afectos, ni siquiera el amor de su Santísima Madre. “¿Por qué me buscabais, dijo, no sabíais que debo ocuparme de los negocios de mi Padre? (4)”. “¿Quién es mi madre, quiénes son mis hermanos? El que hace la voluntad de mi Padre que está en el cielo, ese es mi hermano, y mi hermana, y mi madre (5)”.

“Esa completa libertad de Jesús con relación a la tierra es algo indeciblemente santo. Es necesario imitarla. Nunca el reino de Dios será perfecto en un alma, si no está desprendida y libre. Todo apego desordenado viola los derechos de Dios, invade su dominio, obstruye sus designios, produce entre Él y el alma una verdadera desemejanza y por eso mismo aleja al alma de Dios”.

“Por tanto, oh Maestro, no quiero apego, ni amor, ni el más pequeño amor, que pueda esclavizarme y detener mi corazón en su vuelo hacia Ti. No quiero sufrir nada en mí, no solamente que te sea contrario, sino que te estorbe y cause a tus operarios el menor retardo; sé Rey, sé Dios”.

* * *

“A esta completa libertad interior que lo mantenía siempre disponible, que lo entregaba a merced del beneplácito divino y le permitía aplicar sin cesar todas sus fuerzas a esta tarea, Jesús agregaba una voluntad enérgica y constante: enérgica para emprender y constante para proseguir hasta que el fin fuera alcanzado”.

“¡Oh, qué impulso tan apacible, fuerte y pleno en su obediencia! ¡impulso de amor, impulso de vida, impulso de todas las facultades y empleo lleno de celo de todo el ser! ¡Espíritu Santo, que eres el Espíritu de Fortaleza, ven, llénanos y permanece en nosotros; sé esa virtud que se ostenta en la debilidad (6), porque su triunfo es hacer más fuerte al que es más débil!”

“Jesús mío, la energía, la constancia de tu santa alma y su amor ardiente para el trabajo tenía su alimen-

to en una doble luz que guardabas siempre en tu espíritu y a la claridad de la cual te considerabas a ti mismo. Eras en la tierra el **servidor de Dios** y al mismo tiempo el **penitente universal**".

"La primera razón de tu existencia terrestre, el primer fin de tu vida, era servir a Dios. ¡Servir a Dios! ¡qué honor y qué dicha! Después de ser Dios, ¿servir a Dios no es lo más divino que hay en el mundo?"

"Tu trabajo, oh mi dulcísimo Maestro, cualquiera que fuese la forma que tomara, según las circunstancias diversas por las que pasabas, guardaba pues a tus ojos esa forma suprema y atractiva del **santo servicio de Dios**; te sacrificabas totalmente a este título con una religión profunda, con una humildad inefable, con una gratitud sin medida, con una abnegación total, con un gozo sin semejante".

"Tu ciencia de Hijo de Dios penetraba toda tu alma con las razones que hacen justo y bueno y necesario que toda criatura sirva al Criador. Sabías y contemplabas la extensión y la perfección que debe tener ese indispensable servidor. Nada era demasiado para Ti en este orden. Cada ocasión nueva que se presentaba de trabajar para tu Padre del cielo era para Ti lo que un pedazo de pan para el hambriento. Tu alimento, tu festín, un festín perpetuo que correspondía a un hambre que no se podía saciar, era ese trabajo cumplido y ese servicio prestado".

"Debemos entrar en esos designios y hacer nuestra mansión en esa luz. Esa verdad nos debe dominar a todos como dominó a la santa Humanidad de Jesús. La ley de su vida debe regir nuestra vida; un mismo movimiento debe impulsar nuestro corazón y su Corazón, un mismo amor debe inspirarlos, un mismo celo debe abrasarlos; porque, en fin, si el Hijo sirve y trabaja así, que no lo merecía de ninguna manera; ¿el esclavo qué debe hacer y qué hará?"

"Sí, servir; sí, trabajar; sí, vivir de esfuerzos, de luchas y de triunfos; ir adelante a toda costa, juzgar que todo trabajo es oportuno, que es una gracia, que es una ganancia, un honor, un salario, una prueba de estimación y de confianza que Dios se digna darnos, una prenda que nuestro amor debe sentirse dichoso de ofre-

cerle en cambio, un acto de justicia, una obra de religión, un progreso en la vida, un grado más en la unión; trabajar pues siempre y sin contar, no permanecer nunca ocioso y gozar por Dios, en unión de espíritu y de corazón con Jesús, hasta de nuestros descansos y de nuestros placeres. Tal es el deber de todos”.

“Lo que Jesús veía en seguida y que servía como de segundo apoyo a su constancia, de segundo aguijón a su celo, es que había tomado sobre sí nuestros pecados y se había hecho por lo mismo el penitente universal. Desde ese momento, el trabajo era verdaderamente su destino; no el trabajo fácil del paraíso terrestre, sino el trabajo rudo, penoso, forzado, al cual Dios condenó al Adán pecador”.

“Toda carga que caía sobre los divinos hombros de Cristo, caía como el cuerpo pesado cae hacia su centro. Jesús estimaba que todo esto le era debido y, lejos de quejarse, daba gracias. Esa era su parte, su parte escogida de común acuerdo con su Padre. Todo trabajo se encuadraba por sí mismo en esta vida de penitente; todo trabajo encontraba este Corazón sumiso, humilde, silencioso, abnegado”.

“Oh amor mío, si únicamente por haber revestido la imagen de los pecadores, Tú, el puro y el santo, te redujiste libremente a tales condiciones de existencia, ¿qué vida debe llevar el verdadero pecador? ¿retrocederá jamás ante una tarea impuesta, sobre todo teniendo esa gracia infinita de saber que, cualquiera cosa que haga o sufra, no llevará nunca sino un fardo del cual Tú sentiste primero el peso y no hará jamás sino una obra que Tú hiciste primero? Contigo todo se nos hace posible y todo es dulce desde que te amamos (7)”.

Esta comunión al santo trabajo de Jesús es más que una alegría. “El trabajo es la gran ley de la vida, la ley de todas las condiciones, de todas las edades, de todas las horas; es el honor de nuestra libertad, la gloria de nuestras facultades, el esplendor de nuestra justicia, el testimonio de nuestra fe, el alimento de nuestra esperanza, la prueba de nuestro amor, el título de nuestra salvación. No somos perfectos, si no nos hacemos; y no nos hacemos, sino a fuerza de trabajo”.

“Considera a la luz de la fe el valor de ese tiempo que Dios te da y del cual qué cuenta te pedirá. Ve lo que han hecho los santos. Quizá el gran secreto de su santidad es haber empleado bien el tiempo. Las horas que Dios nos llena están vacías; las horas vacías son horas perdidas; pero perdidas sin remedio, porque el tiempo no las devolverá y, no habiéndolas recibido, tampoco la eternidad las devolverá (8)”.

* * *

Pero si el trabajo se impone a todos, con mayor razón al alma unida con Jesús, desde el momento en que esta unión debe producir toda clase de obras santas que serán como fruto de una generación divina: “**Nec deerunt post nuptias filii**, decía la angélica Inés, **ubi partus sine dolore succedit et foecunditas quotidiana cumulatur (9)”**.

Cuanto más abundante es esta fecundidad, tanto más ama Jesús a su esposa; y precisamente por ser su esposa, le debe ésta el concurso cotidiano de un trabajo incesante.

“Hay tesoros insondables de sabiduría, —escribió Mons. Gay—, de ciencia y de bondad, en esta palabra que, como lo atestigua el Génesis, Dios dijo después de la creación de Adán: “**No es bueno que el hombre esté solo, hagámosle una ayuda semejante a El**” (10). Dios, tomando un poco de barro, formó el cuerpo del primer hombre, y soplando sobre su rostro animó ese cuerpo, y el hombre se hizo “**un alma viviente (11)**”.

“Constituído en su ser, Dios le asignó una mansión, mansión deliciosa y sagrada, que Él mismo dispuso para recibir y abrigar a su criatura predilecta. Allí iluminó espiritualmente al hombre, mostrándole a la vez el dominio que le daba, y el poder con que lo investía, y la libertad de que quería que gozara; agregó, sin embargo, la restricción que a Él le pareció conveniente imponer, mediante una ley positiva, necesaria al mérito, fácil por lo demás y suave de observar; porque el hombre estaba entonces lleno de luz, naturalmente enamorado de la justicia, inclinado a todo bien y ayudado, para hacer ese bien, de toda clase de gracias”.

“Además, Dios lo había defendido, por medio de una sanción severa, contra lo que una criatura sometida

a la prueba guarda siempre de debilidad: “**El día en que comas de este fruto**”, le dijo el Señor, que es el único que te prohíbo, “**morirás (12)**”.

“No estaba terminado todo, sin embargo; después de esas larguezas que anunciaban nuevos beneficios, fué cuando Dios pronunció la misteriosa palabra que acabo de citar: “**No es bueno que el hombre esté solo**”. Los animales, tan numerosos y tan variados, no proporcionaban al que Dios acababa de constituir su señor la ayuda que quería para él”.

“Entonces envió a Adán lo que la Escritura llama “**un sueño**”, y que fué un verdadero éxtasis; arrebatando repentinamente su alma fuera de los sentidos para introducirla en una región altísima donde el misterio que se verificaba le era sin duda explicado, sacó de la parte de su cuerpo, vecina al corazón, una costilla, con la cual formó a la mujer; después de lo cual, presentó esta mujer a Adán vuelto de su sueño; y éste, comprendiendo todo a la claridad de la visión de la cual salía apenas, exclamó proféticamente: “**He aquí el hueso de mis huesos y la carne de mi carne**”. He aquí mi segunda, mi mitad, mi esposa; el hombre dejará a su padre y a su madre para unirse a la mujer con quien se ha desposado (13)”.

“El hombre dejó de estar solo. Eva era la ayuda que Dios le había destinado; porción y extensión de Adán, a causa de su origen, estaba destinada a ser por su función su complemento y su ayuda; de ahí viene que, por institución divina, toda esposa es de derecho la auxiliadora del esposo”.

“Pero esta ley tan clara en el orden humano existe también para ese orden superior en el que el alma se desposa con Cristo. ¿Es posible que la esposa de Cristo le sea una ayuda por Él dispuesta, una ayuda real, una ayuda útil?”

“Porque aquí el esposo es tal que **toda plenitud habita en Él (14)**”, que debemos “**recibirlo todo de esa plenitud (15)**”, que sin Él “**no podemos hacer nada (16)**”, “**ni siquiera pronunciar su nombre (17)**” santamente; que es, por consiguiente, la causa primera y necesaria de todo lo que la esposa hace o puede hacer, como de todo lo que es”.

“Y sin embargo, así es: El Cristo, el Adán celestial, sabe que tampoco ha de vivir ni ha de obrar solo. Quiere tener su Eva, “su ayuda semejante a él”. Toda criatura con la que Cristo se desposa: María, la Iglesia, el alma fiel, es esa compañera que se asocia y sobre la cual cuenta”.

“Jesús no se desposa con nadie a la fuerza. El libre consentimiento de los contrayentes es la primera condición de la unión. Ahora bien, ese consentimiento es ya un concurso que sirve de base a todos los demás”.

“Pero hay otros; y una vez contraída la unión, la ayuda exigida comienza. El esposo se adelanta y quiere que la esposa avance con él; trabaja, y le prohíbe que permanezca ociosa; es fecundo, y quiere que ella no sea estéril. La fe, que es la base del contrato, no salva sin las obras (18). Dejamos de ser cristianos cuando no obramos como cristianos. Hacer santa a un alma es una obra maestra; el esposo, que es el único capaz de hacerla, juzga bueno no completarla solo. Emplea no solamente a la esposa, el tiempo, las facultades, las energías de la esposa, sino toda la vida de ésta”.

“Esa esposa de Jesús es, además, hija de la Iglesia; por tanto, participa de la misión impuesta a su madre. En su puesto, en su medida, cada alma fiel es testigo, apóstol, confesor, mártir, virgen, madre en fin, que debe, cualquiera que sea su vocación de estado, dar almas a Jesús y abrir el paraíso de la gloria a algunos de sus hermanos”.

“¡Maravilla sublime! Dios en su creación no hizo sino criaturas, poniendo a cada una en la naturaleza que le es propia; hizo ángeles y hombres; ahora bien, para esta obra estuvo solo. Por la gracia, que la gloria corona y consume, hace seres que “**participan de su naturaleza divina** (19)”, es decir, verdaderos dioses. Ahora bien, para esta obra que, a lo menos en su término, supera a la otra inmensamente, quiso ser ayudado; y esa ayuda que pide y que usa somos nosotros todos y cada uno de nosotros. “**No es bueno que el hombre esté solo, hagámosle una ayuda semejante a él** (20)”.

La esposa debe, pues, a su esposo un doble trabajo.

“Hay dos obras que Jesús quiere hacer, mi querida hija, —escribía Mons. Gay a una de sus penitentes—; una debe hacerse en ti y la otra por ti; la segunda depende de la primera”.

“La primera es tu santificación personal, la mortificación sucesiva de lo que hay en ti de malo y de imperfecto, la humillación de tus arrogancias, la suavización de tus asperezas, en fin, la victoria completa de la gracia sobre tu naturaleza, tan defectuosa y tan indomable”.

“La otra es tu influencia y ese perfume de eficacia natural que de la perfección del reino de Jesús en ti se exhalará en torno tuyo: primero sobre tus prójimos, de naturaleza y de gracia; después, en la santa Iglesia, en la medida que sólo Dios conoce”.

“A decir verdad, la primera obra es la que te dará más trabajo; ahí es donde esté positivamente tu inmolación personal. La otra será más la obra de Jesús que la tuya. En la primera hay sufrimientos muy amargos, porque estando en nosotros el pecado y toda clase de mal, la justicia tiene en esta obra una gran parte, y el amor no aparece sino en segundo plano, aunque sea el principio y el alma de todo. En la otra, el amor es el que reina y aunque el dolor se mezele, es un dolor demasiado divino para no ser dulcísimo (21)”.

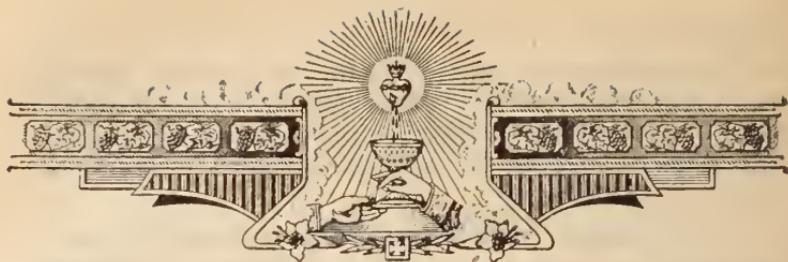
SEMINATOR CHRISTI.

(Continuará)



N O T A S

- (1) Job., V, 7. — (2) Conf. aux Mères chrétiennes, I, p. 405-406.
 — (3) Ps. LXXXVII, 16. — (4) Luc., II, 49. — (5) Matth., XII, 48.
 — (6) II Cor., XII, 9. — (7) Elevations, II, p. 429-433. — (8) 1e. série, p. 275. — (9) Oficio de la santa. — (10) Gen., II, 18. — (11) Ibidem, 7. — (12) Ibidem, III, 3. — (13) Gen., II, 23-24. — (14) Coloss., I, 19. — (15) Joann., I, 16. — (16) Ibidem, XV, 5. — (17) I Cor., XII, 3. — (18) Jac., II, 14-18. — (19) II Petr., I, 4. — (20) Inst. en forme de retraite, p. 389-391. — (21) 2e. série, p. 201-202.



La Soledad de María después de la Ascensión

MARIA ADORA AL SANTISIMO SACRAMENTO



El uso de conservar la Eucaristía en las iglesias remonta a los tiempos apostólicos. Terminados los divinos Misterios, los diáconos llevaban las hostias no consumidas, a la parte de la basílica donde se guardaban las vestiduras de los sacerdotes y los cálices. Con este objeto se practicaban en el muro de las sacristías pequeñas cavidades donde se depositaba "el arca", es decir, el vaso que contenía el Santísimo Sacramento. De allí lo tomaban los sacerdotes para llevar la comunión a los enfermos (1).

También los fieles llevaban a sus casas las hostias que recibían durante los divinos Misterios; las envolvían en un lienzo blanco llamado "dominical" y las guardaban con sumo cuidado en el interior de sus moradas. En tiempos de persecución, al menor peligro, comulgaban

(1) Martigny, Dictionnaire des antiquités chrétiennes.

por su propia mano. Cuando venían a prenderlos para conducirlos ante el juez y de allí al suplicio, tomaban la fuerza que necesitaban de donde Jesús la había dejado; porque creían, como S. Cipriano, que “no es apto para el martirio el que no se ha fortificado, antes del combate, con el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo (2)”.

En tiempos de paz, como con frecuencia era difícil asistir cada día a la Santa Misa y en muchas iglesias no celebraban sino los domingos, los fieles estaban autorizados para comulgar por su propia mano. En la vida de S. Lucas el solitario, el arzobispo de Corinto le enseña el rito que debe seguir en esta ocasión: “**Extiende sobre una mesa un lienzo blanco y sobre él deposita la hostia santa; quema incienso; recita el trisagio y el credo; y después de tres genuflexiones, toma religiosamente el Cuerpo del Señor**”.

* * *

La Sma. Virgen conservaba en su casa el Santísimo Sacramento y comulgaba por sí misma siempre que S. Juan estaba fuera, ocupado en alguna misión apostólica. Imposible que la Iglesia hubiera rehusado a María una gracia que concedía a todos los fieles, a Ella que la merecía más que nadie.

¿No había tenido ya esa dicha durante los años de Nazareth? Jesús vivió bajo su mismo techo hasta la edad de 30 años y gustó cerca de Ella esas alegrías dulces y puras que nos hacen preferir el hogar materno a todos los palacios del mundo. Al dar asilo a la Hostia santa, María reanudaba su papel de madre y, como en Nazareth, se arrodillaba a los pies de su Hijo y escuchaba sus palabras.

La vida de María es de una unidad admirable. Como el astro de la noche gira constantemente buscando sin cesar la luz del sol, así la Virgen Sma. pasó sus días ocupada en adorar a su Hijo divino. Aun antes de la Encarnación, lo adoraba en el templo; después de la Ascensión continuó haciendo lo que había hecho durante toda su vida, lo que hará eternamente en el cielo.

(2) S. Cyrien, Exhortation aux Martyrs.

* * *

Cuando hagan su visita al Santísimo Sacramento, las almas eucarísticas deben recordar el santuario de Jesús en la casita de María, en el monte Sión. Es la primera capilla católica y, con el Cenáculo, el lugar más santo de la tierra duante los primeros años de la Iglesia. San Juan confió este santuario a su Madre amadísima para que lo cuidara. Después de haber ofrecido a Jesús los pañales de su cuna, María le proporciona los sudarios de este último sepulcro sacramental donde quiere vivir hasta el fin de los siglos.

En el santuario de Sión encontraremos la mesa donde San Juan celebraba; el lugar secreto donde guardaba la Eucaristía después de la celebración de los divinos Misterios; y los dos lugares reservados a María y a Juan, los dos ángeles encargados de velar sobre ese paraíso de de la tierra.

La Virgen Sma. se complacía en adornar aquel modesto santuario; educada en el templo, atribuía, más que todas las hijas de Sión, una gran importancia a todo lo que debía servir al altar y al sacrificio. Sabía tejer telas preciosas, triturar los aromas y mezclar los polvos perfumados al aceite de las lámparas.

Sabía también que Jesús prefería la flor de los campos y que gustaba de contemplarla, porque la encontraba mejor vestida que Salomón en toda su gloria. María, que no descuidaba nada, ofrecía a su Hijo lo que le agradaba y ponía todas sus complacencias en servirle en su pobreza eucarística. Al pie del sagrario del monte Sión, reanudó esa solicitud maternal que llenó sus días en Nazareth.

Al escribir estas líneas, pienso en las vírgenes cristianas encargadas en los monasterios de los altares y de las sacristías. He visto de cerca y durante años el cuidado con que adornan el sagrario de Jesús. Jamás ha habido esposa que tuviese por el esposo más amado, atenciones más asiduas y delicadas. Que sepan, pues, que la Sma. Virgen las ha precedido en estos honrosos oficios; les será muy dulce pensar que pueden compartir con Ella la gloria que encierran estas palabras: "**Señor amé**

el decoro de tu casa y el lugar donde habita tu gloria (3)".

Así pues, María al pie del sagrario de Sión pasa diariamente horas enteras, ocupada tan sólo en adorar a Jesús. La adoración del Santísimo Sacramento no es tan sólo para la Sma. Virgen un acto de inefable consuelo por la presencia de su Hijo; es también el cumplimiento de un deber, una función augusta, el coronamiento de su incomparable vocación.

Había llegado la hora en que Jesús iba a llenar con su presencia la Iglesia católica y a multiplicarse sobre todos los altares de la tierra. Comenzaba para Él una nueva vida, una vida que lo unía para siempre a los destinos de la Iglesia, de la cual era el jefe invisible, pero siempre presente.

Este Rey necesitaba una corte, porque el Padre nunca deja solo a su Verbo Encarnado, objeto de sus complacencias, y quiere que esté rodeado siempre de las más santas de sus criaturas. En el cielo, tiene ángeles escogidos que no lo dejan un solo instante. San Juan, en el Apocalipsis, lo ve escoltado por las vírgenes que lo siguen a dondequiera que va; y cuando se detiene ante el trono de la Divinidad, una corona de ancianos adora con Él al Eterno.

Lo mismo pasará en esta tierra que Jesús vuelve a habitar por medio de la Eucaristía. Formarán su corte, primeramente los sacerdotes, que desde las primeras luces de la aurora ofrecerán el Sacrificio de la Misa en todas las regiones del globo. Como la luz, siguiendo su camino, se levanta sucesivamente sobre nuevas comarcas, trayendo la mañana sobre unas playas mientras que sobre otras hace descender la noche; así la ofrenda y la oración sacerdotal no cesarán jamás sobre la tierra.

Con los sacerdotes, vendrán también a formar su corte las vírgenes, humildemente postradas ante los sagrarios donde Jesús reside. Las religiosas consagradas a la adoración perpetua se disputarán la dicha de formar esas guardias que se sucederán a cada hora del día y de

(3) "Domine, dilexi decorem domus tuae et locus habitationis tuae". Ps. XXV, 8.

la noche, uniéndose a Jesús en su oración eucarística. Si Jesús en todo lugar canta la gloria de su Padre; si en todo lugar suplica y adora, en todo lugar tiene también a sus sacerdotes, a sus religiosos, a sus vírgenes, a sus religiosas, a esos coros de las almas puras que oran y que cantan con él. Los "Te-Deum" y los "Miserere", que suben constantemente de los sagrarios de la Iglesia, son contestados por voces humanas que los recitan con Jesús.

No es esto todo. Fuera del santuario, viene la multitud de los piadosos fieles que se unen a las adoraciones del Hijo de Dios hecho hombre. Dondequiera que se encuentre un sagrario, encontraremos al mismo tiempo, entre el pueblo cristiano, almas desconocidas a quienes Dios ha dado el atractivo y el amor a la Eucaristía. El tiempo que pueden robar a su trabajo, lo consagran a venir a adorar a Jesús: el sagrario es el lugar de su descanso y el centro de su amor, y cerca del Dios de la Eucaristía olvidan sus penas y el peso de la vida.

* * *

Se puede afirmar que María pasó la última parte de su vida terrestre ante el Santísimo Sacramento. ¿Qué hacía ante el Dios Hostia? Lo que hacía en Belén ante su cuna; lo que hacía con tanta frecuencia en Nazareth, cuando dejaba de hilar o de tejer: contemplaba a Jesús humildemente inclinado sobre su trabajo; lo adoraba y se mantenía en espíritu postrada a sus pies.

Lo mismo hacía ante el Smo. Sacramento: se mantenía cerca de Jesús; lo contemplaba con los ojos del corazón; lo admiraba; lo adoraba en su nombre, en nombre de sus hijos, en nombre de la Iglesia; lo alababa y lo bendecía; le daba gracias por el favor insigne que había hecho a toda la familia cristiana viniendo a vivir con nosotros hasta el fin de los siglos.

María acompañaba a Jesús en la Eucaristía; sentada a su lado, saboreaba el gozo de una madre cuando tiene cerca de sí al hijo de su ternura. Inundada de dicha, se derramaba en dulces confidencias, en suaves coloquios que el amor sabe prolongar sin repetirse jamás. Su Amado era suyo y Ella era de su Amado...

¿Qué hacía la Sma. Virgen ante la Eucaristía? Oraba a Jesús. Figurémonos una madre que tiene numerosos hijos y que los recomienda a Dios en una fervorosa oración; así María llevaba a Jesús Hostia las necesidades de su nueva gran Familia: oraba por la Iglesia naciente; oraba por los Apóstoles y sus continuas misiones; oraba por los nuevos bautizados y por todos los fieles que veía crecer a la sombra de la Cruz; confiaba a Jesús la suerte de la Iglesia, su porvenir y la consecución de sus destinos eternos. La oración de María era inmensa como su alma, dilatada como la inmensidad de los mares...

Jesús miraba complacido a su Santísima Madre sentada a sus pies y con Ella comenzaba su conversación eucarística. Cuando evangelizaba al pueblo judío, les hablaba, y exclamaban sus auditores: “¡No! ¡jamás hombre alguno ha hablado como éste!” El Verbo Encarnado parece más elocuente desde que entró en su silencio sacramental. De su sagrario se escapan, para servirme de la expresión del Cantar, “emanaciones divinas que son ya un paraíso”; su palabra se hace más que nunca espíritu y vida; María recibe esta palabra divina; la refleja, como una onda pura los rayos del sol; se nutre con ella como un pan delicioso; es su festín.

Jesús le revela cada uno de sus estados eucarísticos: ve a su Hijo convertido ante su Padre en una hostia de alabanza;

lo ve aniquilado ante su Majestad divina, cumpliendo —en su condición sacramental— con los deberes de todas las criaturas;

lo ve constituido víctima de los pecadores... el gran penitente de la Iglesia... el cautivo del amor... la riqueza de los santos.

Entra en el espíritu de su nueva pobreza...; en el espíritu de su obediencia a los sacerdotes que lo hacen bajar al altar y lo llevan a donde quieren...; en el espíritu de su soledad y de su silencio...; en el espíritu de su humildad que lo retiene bajo las especies sacramentales en medio de los abajamientos más incomprensibles...

Al mismo tiempo que Jesús levantaba ante los ojos de su Madre los velos del Sacramento, derramaba en su alma las gracias que nos mereció al instituirlo: gracia de la muerte a nosotros mismos... gracia de silencio perfecto y de completo recogimiento... gracia de sole-

dad misteriosa y de desprendimiento de las criaturas... gracia de puro amor... gracia de caridad y de abnegación... gracia de sumisión y de paciencia... gracia de abandono y de inmolación...; todas las gracias en fin que forman a los santos, que hacen a las víctimas de Dios, las hostias destinadas al sacrificio, consagradas, como Jesús, a la santísima y augustísima voluntad de su divino Padre.

De esta manera María, tan inmensamente enriquecida con la gracia en la sagrada Comunión, sabía también encontrar al pie del sagrario el complemento de esa gracia y una virtud más consumada. La Eucaristía era para la Sma. Virgen, como puede ser para todos nosotros, lo que los últimos fulgores del otoño son para los frutos de nuestros jardines: acaban de madurarlos, los sazonan, los doran y les dan ese gusto y ese sabor exquisito que los hace dignos de ser servidos en la mesa de un rey.

P. PERDREAU. (4)

(4) Perdreau, "Les Dernières Années de la Très Sainte Vierge". Acomodación de la Dirección de esta Revista.

ACCION DE GRACIAS

Gracias, Señor, mi Dios, por la alegría
que hay en mi corazón; porque el contento
es para el alma nuestra el alimento
como el bendito pan de cada día.

Gracias por el dolor, fiel compañía,
y por todo lo que es padecimiento;
gracias por cada noble sentimiento
y por la fe que mis senderos guía.

Gracias por lo que alcanza el pensamiento
y por lo que aún ignora el alma mía;
por el hambre y la sed y el desaliento,
salud y enfermedad o suerte impía.
¡Por la muerte, Señor! ¡Que, en tal momento,
espero ser más vuestra todavía!

MARIA ONTIVEROS.



El Amor, Nuestra Recompensa

EL amor debe animar todos nuestros actos, tanto interiores como exteriores; porque sólo de esta manera llegamos a ser esa **hostia** por la cual Dios se da y nos da a nuestro prójimo.

La medida de nuestra santidad será la medida de nuestro amor. Sta. Teresa de Lisieux, siguiendo a San Juan de la Cruz, repetía con razón: “**En la tarde de nuestra vida seremos juzgados por el amor**”.

El amor obtendrá su recompensa no solamente en el cielo, ya desde la tierra nos da la satisfacción de sus obras.

* * *

He aquí pues algunos frutos inmediatos del amor.

1) **La dicha sobre la tierra.** El amor procura al alma una inefable dulzura.

El amor reclama amor: amemos, y suavizaremos a la larga los temperamentos más refractarios. La bondad es la llave que abre todos los corazones.

2) **El amor cincela en nosotros la semejanza con Cristo,** según la expresión del Santo Cura de Ars.

El Cardenal Mercier no vacilaba en asegurar que el hombre a los 40 años es responsable de su fisonomía.

3) “**Dios ama a los que lo aman**”.

Cuando damos un paso hacia Dios, Él da cien hacia nosotros.

Un suspiro, una mirada, hacen de un pecador un santo.

4) Según Santo Tomás, “cada acción hecha por puro amor merece la vida eterna”.

¡Qué pensamiento tan consolador! Todo acto, por pequeño que sea, interior o exterior, desde el momento en que está informado por el amor, nos enriquecerá en el cielo con un grado más de gloria, con el cual glorificaremos a Dios eternamente y aumentaremos nuestra propia dicha por los siglos sin fin.

5) El amor perfecto es el acto de reparación más meritorio, según afirma San Pedro: “La caridad borra la multitud de los pecados”. El fuego del amor purifica más que las llamas del purgatorio.

En fin, es muy cierto afirmar que el amor es:

—el cielo sobre la tierra;

—la santidad de un alma;

—el grado de fervor de una comunidad (1).

(1) Fr. M. Albert Van Der Heyden, O.C.R., “CHARITE EN TOUT”.

JESUCRISTO

Es LA RIQUEZA, y entre pajas nace;
es la justicia, y entre reos muere;
es fuerza suma, y ruega a quien le hiere;
es vida eterna, y sucumbir le place.

No hay pecho atribulado que El no abrace,
ni hay alma rezagada a quien no espere,
ni hay virtud que en su ser no reverbere,
ni hay contrición que su bondad rechace.

Perlas le brinda el mar; la tierra, flores;
la aurora, bellas nubes purpurinas;
los astros, inmortales resplandores;

tersa alfombra las aguas cristalinas;
música los alegres ruiseñores...
y el hombre ¡hiel y cruz, clavos y espinas!

ALEJANDRO NIETO

OBRAS

del Exmo. Sr. Dr. D. Luis M. Martínez

ARZOBISPO DE MEXICO

Volúmenes de 21 x 14 cms.

"EL ESPIRITU SANTO".—3ª Edición.—Tiene 4 tratados: I.—*La verdadera devoción al Espíritu Santo*. II.—*Los Dones*. III.—*Los Frutos*. IV.—*Las Bienaventuranzas*.—Con 420 páginas, \$ 12.00.

"JESUS".—3ª Edición.—Páginas admirables sobre la fisonomía de Jesús.—Tiene 4 partes: I.—*Las enseñanzas de Jesús*. II.—*La transformación del alma en Jesús*. III.—*El interior del Corazón de Jesús*. IV.—*El descanso divino*.—\$ 7.00.

"LA PUREZA EN EL CICLO LITURGICO".—Obra de grande originalidad, que nos presenta la pureza a través del ciclo litúrgico. Contiene además "Espigas litúrgicas", o sean varias elevaciones sobre las diferentes etapas del ciclo litúrgico.—Con 238 páginas, \$ 4.00.

"SANTA MARIA DE GUADALUPE".—2ª Edición.—Magnífico comentario sobre las palabras de la Santísima Virgen en el Tepeyac.—Contiene además varios artículos guadalupanos.—Con 224 páginas, \$ 4.00.

"A PROPOSITO DE UN VIAJE".—3ª Edición.—Notas personales e impresiones íntimas llenas de unción divina y de arte exquisito, a propósito de un viaje por América, Europa y Asia, \$ 5.00.

"EL SACERDOTE". "*Misterio de Amor*".—Páginas llenas de elocuencia y de unción, de ideas profundas y luminosas sobre el sacerdocio católico.—Con 305 páginas, \$ 6.00.

"ALMAS PROCERES".—Sugestivas monografías de algunas almas escogidas, \$ 4.50.

"VIDA ESPIRITUAL".—Es la 2ª Edición de "Simientes Divinas" notablemente aumentada de 190 a 344 páginas, \$ 7.50.

"LA INTIMIDAD CON JESUS".—Trata de la unión e intimidad con Jesús mediante el ejercicio de las virtudes teologales de fe, esperanza y caridad.—Un volumen de 280 páginas, \$ 8.00 rústica.

"SECRETS OF THE INTERIOR LIFE".—Versión autorizada de "*Simientes Divinas*". Traducción del R.P. Beutler, C.M.—B. Herder Book Co.

"APUNTES PARA SERVIR A LA HISTORIA DEL ARZOBISPO DE MORELIA por el M.I. Sr. Cngo. Lic. D. Juan B. Buitrón.—Prólogo del Excmo. Sr. Dr. D. Luis M. Martínez, Arzobispo de México.—Un volumen de 24 x 17½ cms., de 344 páginas, en magnífico papel biblia, con numerosos grabados y carátula a colores: Precio de propaganda: \$ 15.00 rústica, \$ 17.50 tela.

Editorial "LA CRUZ", Apdo. 1580.—México 1, D. F.

OBRAS del Padre J. G. TREVIÑO, M. Sp. S.

Volúmenes de 21 x 14 cms.

- "LA EUCARISTIA".—5a edición.—Meditaciones sobre la Eucaristía, 232 páginas. \$ 5.50 — Traducciones en inglés y holandés.
- "CONFIEMOS EN EL".—4a edición.—Reflexiones para despertar la confianza en N. S. 274 páginas, \$ 6.00.
- "MADRE".—4a edición.—Págs. sobre la Sma. Virgen en su misión tan consoladora de Madre de todos los hombres, \$ 4.00.—Traducción en holandés.
- "SENDEROS DE LUZ".—2a edición, \$ 6.00.
- "SENDEROS DE PAZ".—2a edición, \$ 5.50.
- "SENDEROS DE AMOR".—2a edición, \$ 5.25.
- Estas tres series forman un pequeño tratado sobre la vida espiritual al alcance de todos los fieles.
- "LA MUJER".—2a edición.—Expone la noble y elevada misión de la mujer. 200 páginas. \$ 4.00
- "SI QUIERO, PUEDO SER SANTO".—2a edición.—La Santidad está al alcance de todos. 234 páginas, \$ 6.00.
- "HACIA LAS CUMBRES".—2a edición.—Páginas de heroísmo para la niñez y la juventud, \$ 4.00.
- "EL REINADO DEL ESPIRITU SANTO".—La Acción del Espíritu Santo en las almas. \$ 4.00.
- "PERFUMES LITURGICOS".—Para asimilarse el espíritu de la Iglesia, siguiendo el Cielo Litúrgico. 350 páginas, \$ 7.00.
- "PADRE, SANTIFICALOS EN LA VERDAD".—Disipa los errores en el camino de la perfección. 278 páginas, \$ 6.50.
- "ESCONDIDA SENDA".—Páginas sobre la vocación y la vida religiosa. 266 páginas, \$ 5.25.
- "VIDA".—Reflexiones sobre la vida de la gracia y la vida de la gloria, \$ 4.00 rústica.
- "SANTIDAD Y BUENA VOLUNTAD".—Traducción del francés.—La Santidad al alcance de todos. \$ 5.50 rústica.
- "ANTONIO PLANCARTE Y LABASTIDA".—Su vida — sus obras — sus pruebas.—2a edición corregida y aumentada, \$ 4.50.
- "UN ALMA SACERDOTAL".—Su fisonomía — sus escritos — Biografía del P. Javier M. Calderón y una selección de sus escritos. 120 págs. y 8 grabados fuera del texto, \$ 5.00.
- "LA SONRISA DE UN ALMA".—Biografía edificante. Agotada.
- "LAS RELIGIOSAS DE LA CRUZ".—Su vida — sus fines — su oportunidad (Agotada)
- "UN APOSTOL DE LA CRUZ". Concepción Cabrera de Armida.—Su vida — su espíritu — sus obras. Prólogo del Exmo. Sr. Martínez, Arzobispo de México.—330 páginas y 20 grabados fuera del texto Rústica, \$ 8.00; encuadernación especial, \$ 10.00
- EL SACRAMENTO DEL PERDON DIVINO. Instrucciones sobre la Confesión. \$ 0.75.
- EL SACRAMENTO DE LA UNION DIVINA.—Instrucciones sobre la Comunión. \$ 0.75
- BREVE NOTICIA DE LOS MISIONEROS DEL ESPIRITU SANTO.—Sus Fines, su Organización, sus Actividades, su Historia, su Espíritu. 11 x 22 cms. \$ 2.00.
- "¡YO LA MATE...!"—Drama en 5 actos. 2a edición, \$ 1.25.
- "DOS NAVIDADES".—Drama en 7 cuadros. 2a edición, \$ 0.50.
- "DUERME NO LLORES".—Villancico, letra y música. Se requiere para el drama anterior, \$ 0.85. Tomando los dos, \$ 1.25.
- "TRILUDIO GUADALUPANO"—3 cánticos populares, \$ 1.75.
- "SEIS CANTICOS AL ESPIRITU SANTO Y A LA CRUZ".—\$ 2.00.
- NUEVO METODO PARA REZAR EL ROSARIO. — VIACRUCIS.—El ciento de cada uno, \$ 8.00.

Todos estos libros pueden venderse empastados en tela,
con un aumento de \$ 1.50 neto.

DE VENTA: Apdo. Postal 1580 - México 1, D. F.

FOR LIBRARY USE ONLY

Princeton Theological Seminary Library



1 1012 01470 5562

